

FUEGO Y METAL 1

Metal Slinger

RACHEL
SCHNEIDER

CROSS
BOOKS


RACHEL SCHNEIDER

A black and white line drawing of two lotus-like flowers. Each flower has a long, slender stem and a large, open flower head at the top. The petals are detailed with fine lines. The stems curve outwards from the center, framing the title. At the bottom of each stem, there is a smaller, closed flower bud.

Metal Slinger

FUEGO Y METAL 1

CROSS
BOOKS



Capítulo 1

—Si encontramos la forma —digo, confirmando el plan.

Kai asiente.

—Sí, pero nadie va a ir solo. —Se recoge el pelo rubio en un chongo sobre la cabeza y mira a Messer—. ¿De acuerdo?

Mientras mira su reflejo en el pequeño espejo que cuelga sobre el lavabo, Messer sonrío a Kai pasándose la mano por la barbilla recién afeitada.

—¿Tienes miedo de que nos divirtamos sin ti?

—Necesito que hables en serio durante diez minutos —amonesta Kai.

El barco mercante escora hacia un lado y nos agarramos a lo primero que encontramos.

Cuando empieza a enderezarse, me resbalo y mi mano aterriza en una de las letrinas. Emito un sonido asqueado mientras me apresuro a ponerme en pie en cuanto recuperamos el equilibrio. Aparto a Messer con el hombro para meter las manos en los restos de espuma que dejó. Cuanto más nos acercamos a tierra, más fuerte se vuelve el oleaje. Por eso la mayoría de nuestros compañeros están congregados en cubierta, ansiosos por ver la costa por primera vez en su vida.

Messer pone una mano tranquilizadora en el hombro de su amigo.

—O vamos todos o no va ninguno —dice.

El raro atisbo de autocontrol en la mirada de Messer consigue borrar la preocupación instalada entre las cejas de Kai mientras me pasa una toalla para secarme las manos. Todavía no las siento limpias del todo, pero alejo ese pensamiento. No puedo hacer nada al respecto.

—Recuerden, nuestra prioridad es observar cómo están las cosas —insiste Kai—. Evaluar la situación. Solo intentaremos adentrarnos en tierra si estamos absolutamente seguros de que podemos hacerlo sin que nos atrapen.

—Por mí no hay problema —dice Messer, con una mano en el pecho—. Ustedes dos, sin embargo, tienen un historial terrible.

Busco su mirada en el espejo y pongo los ojos en blanco.

—Un día de estos vas a dejar de tener suerte.

Intento domar los mechones de pelo que se me han escapado de la trenza, pero es inútil. Mi cabello no me ha obedecido nunca en la vida, ni siquiera cuando nací, que salió de un tono cobrizo diferente al rubio habitual de nuestro pueblo.

Arriba, el volumen de las voces crece, un sonido de emoción y un estruendo de pasos que atraviesa el techo del casco de madera.

Kai me toma por los hombros y me gira hacia él.

—Nuestro primer objetivo es evaluar la situación —me recuerda, antes de soltarme—. Así que no hagas nada apresurado. Habrá más oportunidades.

No sabría decir si intenta convencerme a mí o a sí mismo. El Mercado solo tiene lugar una vez al año, desde que nuestro pueblo fue desterrado hace aproximadamente un siglo. Hay dos grupos de Alaha que tienen el privilegio de asistir: los guardias que facilitan el intercambio de productos y los

cadetes que están a punto de graduarse. Somos cincuenta y seis cadetes y, para la mayoría de nosotros, podrían pasar décadas antes de ver tierra firme de nuevo, si es que volvemos a verla alguna vez. El capitán elige solo a unos cuantos de los muchos guardias alaha para volver al Mercado todos los años.

El día de hoy bien podría ser nuestra única esperanza.

—Deberíamos estar de vuelta aquí antes de que alguien nos extrañe. —Messer muestra de nuevo su habitual sonrisa—. Ah, y quizá le haya dicho a Aurora que puede venir con nosotros.

Kai y yo nos miramos, molestos. Nos quejamos, pero Messer ya se ha alejado bastante, ha cruzado las barracas interiores y ha subido por la escalera que lleva a la cubierta superior antes de que lo alcancemos. La vista ante nosotros impide cualquier argumento más, pues nos deja con la boca abierta.

Tierra.

Nada podría haberme preparado para las notables diferencias entre esta costa rocosa y nuestro hogar en medio de los árboles de Alaha. Todas las ilustraciones y las pinturas que he visto palidecen en comparación.

Como si todo el mundo estuviera en un trance colectivo, las voces emocionadas disminuyen hasta quedar en silencio mientras el barco se acerca lentamente.

Nunca me he sentido tan insignificante, tan pequeña como ahora, mientras echo hacia atrás la cabeza para abarcar la magnitud de la pared de roca vertical. Entonces la veo, la hendidura en el acantilado de piedra, como si un gigante hubiera usado un hacha para partir la tierra justo por la mitad.

—Qué locura —murmura Messer.

El Mercado se sitúa en la grieta sobre un muelle enorme. Desde un lado del acantilado hasta el otro, y adentrándose hacia el interior hasta perderse de vista, el puerto se extiende

por el área como un territorio neutral entre nosotros, los alaha, y el pueblo de Kenta.

Nuestra pequeña flota de barcos aún tarda unas horas más en atravesar la barrera de escollos antes de que podamos atracar. Los guardias ponen puentes para que los hombres descarguen el cargamento de peces que hemos reunido en nuestro viaje hasta aquí. Uno de los comandantes grita órdenes mientras las redes se levantan del agua y se arrojan en los carros que aguardan para que la gente de Kenta intercambie el pescado por los artículos que el capitán consiga negociar con el rey. Normalmente, trigo, frutas y verduras.

Llevo toda la vida esperando este día, medio convencida de que los moradores de tierra eran un mito. Teniendo en cuenta el bullicioso muelle, definitivamente, no lo son.

Vestidos con colores vivos y telas de extrañas hechuras, los kenta son posiblemente los seres vivos más guapos que he visto nunca. A juzgar por el murmullo de mis compañeros de la escuela reunidos en la cubierta del barco mientras esperamos nuestro turno para desembarcar, están tan asombrados como yo.

—No dejen que sus ropas bonitas y sus joyas los engañen —dice Gramble, nuestro instructor, con las manos entrelazadas tras la espalda mientras pasea de arriba abajo por la cubierta—. Son tan despiadados como los calamares gigantes.

Me obligo a no poner los ojos en blanco. Nada es más terrible que los calamares gigantes que supuestamente se encuentran en las zonas más remotas de los océanos. No tienen un hogar u origen conocido. La única prueba de su existencia son los botes abandonados que dejan tras de sí, vagando a la deriva sin un alma a bordo. Se dice que los cuerpos de los tripulantes se hundieron bajo las aguas y nadie volvió a verlos. Eso cuando queda algún bote. Me pasé la adolescencia

oyendo a mis compañeros contarse entre susurros que eso era lo que les había pasado a mis padres, pero yo creo que no es más que un cuento de miedo para mantener firmes a los niños de Alaha. La imagen de un tentáculo negro introduciéndose por la ventana de un dormitorio hace maravillas con los niños indisciplinados. Pero a diferencia de los calamares gigantes capaces de arrastrar un barco entero hasta el fondo del océano, la gente kenta parece... Gente normal.

No sé qué estaba esperando, pero no son para nada como los fieros guerreros kenta de nuestros libros de historia. Un pueblo que, apoyado por otros tres territorios, desterró a los alaha, tras una brutal guerra, a vivir sobre el océano con poco más que lo puesto y algunos barcos a nuestro nombre. Aunque de lo que sí tiene aspecto la hueste de soldados kenta, alineados en el puerto y apostados por el Mercado, es de ser el tipo de gente que no dejará que los nuestros pongan un pie en tierra. La extensión de puerto que flota sobre el agua es la única tierra que nos dejarán pisar.

Entrecierro los ojos por la luz del sol y diviso a Kai en el paseo marítimo. Él desembarcó antes para intercambiar información con los guardias de su rango. El pelo dorado se le ha oscurecido en las sienes, mojado de sudor. Su mirada pasea sobre los kenta cercanos y los botes, luego se posa en mí, por un breve instante. Su aspecto es... deslumbrante.

Kai podría haber venido el año pasado, cuando cumplió los dieciocho con su propia promoción de guardias alaha, pero esperó por Messer y por mí, por si lográbamos venir a tierra.

Gramble continúa aleccionando a nuestra clase.

—Cuando lleguemos a puerto, permanezcan con su grupo. Nunca más de cuatro, nunca menos de dos. Sean amables, pero no demasiado. Estamos aquí para comerciar pacíficamente con ellos, no para hacer enemigos, ¿entendido?

Todos asentimos.

Gramble va sacando monedas de cobre de un monedero y poniéndonos cuatro en la mano a cada uno.

—No se gasten todo en un solo sitio. —Tiene una sonrisa rara e irónica cuando da un paso atrás para despedirnos—. Por ser alaha —inicia con un puño contra el pecho.

«Desde los saludos diarios hasta los pésames y las felicitaciones. Somos uno».

Repetimos la frase al unísono, «Por ser alaha», y rompemos la formación, siguiendo a Gramble por el puente camino al puerto. El corazón me late desbocado. Miro a Kai, a mis compañeros, entrenados para permanecer calmados e impenetrables. Sus expresiones no revelan nada, todo lo contrario de la mezcla de pánico y emoción que me embarga a mí.

Al pisar los tablones de madera del muelle, los siento sólidos tras las semanas de viaje por mar para llegar aquí. El estómago vacío me ruge al oler el aroma a comida y especias que sale del Mercado.

Kai se reúne con Messer, con Aurora y conmigo en el puerto. Debe de notar mis emociones turbulentas porque me da un rápido y suave apretón en la muñeca para tranquilizarme. Me tomo un momento para bloquear el bullicio de actividad que nos rodea, centrándome en sus conocidos ojos grises que son como los míos, el único rasgo común que comparto con nuestra gente. Son seguros y reconfortantes, son los ojos de mi amigo.

—No sé ustedes —dice, desplegando esa sonrisa por la que es conocido y relajando la tensión con ella—, pero yo, en el primer puesto de comida que encuentre que no venda pescado, voy a comer hasta perder el sentido.

Su actitud alegre se extiende por nuestro grupo y provoca algunas expresiones conformes. Líder nato y futuro capitán de los alaha, todo el mundo toma a Kai como ejemplo.

Él es la única razón de que yo pueda estar aquí. Se eligen muy pocas mujeres para ser guardias, y considerando mi linaje, o más bien mi falta de él, nunca habría tenido la ocasión de competir y mucho menos de ser aceptada.

Messer le pone la mano en el hombro a Kai, luciendo una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué esperamos?

Nos dirigimos hacia el paseo marítimo y observamos a los vendedores alineados a ambos lados del muelle. Cada puesto tiene un estandarte colgado, que representa a las familias que han viajado para este único día de comercio. Mi curiosidad salta de un puesto a otro, fijándose en la comida, la ropa, las joyas y los distintos artículos que se muestran.

Los soldados kenta patrullan con cuchillos y espadas envainadas y las armaduras protegiéndoles el cuerpo. Algunos llevan cascos de metal que les cubren por completo el rostro, y les deja solo una fina rendija por la que mirar. Estos soldados, en particular, parecen de otro mundo, como si cualquier cosa o persona pudiera ocultarse debajo del casco.

Uno pasa junto a nosotros, sus ojos inquisitivos se clavan en Kai a través de la pequeña abertura, recorriendo su cuerpo de arriba abajo. Kai mantiene una postura relajada, pero puedo percibir la incomodidad que late bajo la calma exterior, ante la mirada enjuiciadora del soldado kenta, y me pregunto si es consciente de que está mirando al hijo del capitán, a pesar de que no lleva el añadido de joyas y lujos correspondientes.

—Parece un poco excesivo teniendo en cuenta que no se nos permite llevar ni un solo objeto mínimamente afilado.
—La voz de Aurora está teñida de desdén y fulmina con la mirada a un soldado cercano mientras enarca una ceja.

Ante una mirada tan firme como la de Aurora, no me extraña que el guardia acabe desviando la suya.

—Aurora —reprende Kai—, soy el primer descendiente de la dinastía Wren que asiste al Mercado. Es lógico que estén preparados.

Ella pone los ojos en blanco.

—Somos nosotros los que estamos en territorio enemigo.

—Nos queda medio día antes de que nos arrastren de vuelta a esa prisión flotante, y ni de broma voy a desperdiciarlo aquí parado —dice Messer, pellizcando a Aurora en el costado—. Además, sabemos que no necesitas cosas punzantes para espantar a la gente.

Ella intenta darle un manotazo en el hombro, pero él la esquivo riendo. Kai me roza la espalda con la yema de los dedos, guiándome más allá de la fila de soldados mientras inclina la cabeza en señal de respeto.

Gesto que no recibe respuesta. Puede que los kenta sean gente como nosotros, pero desde luego son maleducados como un demonio.

—Disimula, Brynn.

Me obligo a relajar la cara y me disfrazo con una tímida sonrisa.

—Sería menos ofensivo que nos escupieran en la cara.

—Estamos aquí en son de paz —me recuerda Kai, pero las armas y las miradas de esta gente no dicen lo mismo.

Estamos obligados a ceder ante ellos, ante un grupo que pertenece al pueblo que nos desterró, y se supone que debemos parecer agradecidos por su generosidad, darles las gracias por permitir el comercio con nuestra gente como si no estuviéramos siempre a punto de morir de hambre por su culpa. Aunque supongo que esto es bastante más de lo que ninguno de los otros territorios ha ofrecido. Maile nos ha dado la espalda, Strou se somete ante Kenta en todo, y Roison, aunque dice estar de nuestra parte, tampoco se esfuerza mucho por echar una mano.

Messer nos conduce a un puesto cercano que muestra una gran variedad de repostería: tartas de fruta, pasteles y panes trenzados cubiertos de dulce. Se ve que cada pastel ha sido elaborado con esmero y dedicación, y a mí se me hace agua la boca.

Messer pone sus cuatro monedas de cobre en el mostrador de madera, atrayendo la atención de la dependienta que está tras el mismo.

—Todo lo que pueda comprar con esto, dámelo.

Cualquier reserva que pueda tener acerca del comportamiento excesivamente entusiasta de Messer desaparece en cuanto la joven dependienta se derrite ante su sonrisa contagiosa. Se mete un mechón de cabello oscuro tras la oreja y le pregunta si le gustan las ciruelas, con un acento que se marca en las vocales.

Obviando todo lo que nos han enseñado sobre diferencias culturales, Messer ensancha su sonrisa en actitud de coqueteo.

—Me como cualquier cosa que tenga suficiente azúcar, cariño.

Si no me equivoco, el rubor le inunda las mejillas pecosas. Unos aretes plateados y dorados le adornan las orejas, una ceja y casi todos los dedos. Extiende el papel encerado y pone un pastel de cada sabor, haciendo un paquete para llevar, paquete que Messer arruina al desenvolverlo para meterse un pastel entero en la boca. Mientras mastica, emite un gemido y el azúcar le cae por la barbilla. Inclina la cabeza en señal de agradecimiento, con las manos unidas frente a él, mientras habla con la boca llena.

—Eres una diosa.

El rubor se intensifica en sus pálidas mejillas, mientras la chica inclina también la cabeza. Parece que Messer enamora a todas las mujeres por igual, kenta y alaha.

La chica me mira, soy la siguiente, así que considero mis opciones. Estoy tentada a hacer lo mismo que Messer y gastarme todo el dinero en pasteles. El de lavanda tiene un aspecto delicioso, pero hay también un cuadrado de chocolate que parece realmente divino.

El aliento de Kai me hace estremecer cuando inclina la cabeza sobre mi hombro y me susurra al oído.

—Es posible que tenga algunas monedas extra.

Intento no mostrarme afectada por su cercanía y mantengo la mirada fija en los productos que tengo ante mí.

—No esperaría menos del mimado hijo del capitán.

Si algo puede decirse del padre de Kai es que es indulgente con su único heredero.

Él se ríe.

—Puede que sea mimado, pero también muy generoso —dice, con la voz más grave. Una voz que parece conspirar—. Toma lo que quieras.

Así que agarro cuatro cuadrados de chocolate, uno para cada uno de nosotros. Los alzamos en el aire en un brindis.

—Por ser alaha —dice Messer.

—Por estar fuera de ese maldito barco —apunto yo.

Aurora hace una mueca.

—Amén.

Todos damos un mordisco a nuestros postres y gemimos al unísono. Yo doy un mordisco tan grande que la mitad del suave chocolate se me cae al suelo.

—Rayos y centellas —murmuro.

Messer me mira con burla.

—Suenas más rara cuando dices eso...

Aurora se apresura a meterse en la boca su porción cuando empieza a desmoronarse.

—No tiene ningún sentido.

Me sacudo las migas de las manos y me encojo de hombros.

—Por eso me gusta.

Encontramos un puesto en el que sirven té de zarzamora y nos zampamos nuestros postres mientras inspeccionamos el Mercado. El pueblo kenta no parece desconfiar tanto de nosotros como sus soldados. Si acaso, nos tratan como si fuéramos invisibles, a menos que se vean impelidos a nuestra compañía, en cuyo caso parecen tolerarnos bien.

Yo estoy boquiabierta con las faldas y vestidos de algunas de las mujeres. De varios largos y colores, se les arremolinan alrededor de las piernas mientras trabajan y se mueven entre los puestos, y algunos están adornados con cuentas y joyas.

Nunca me he fijado mucho en lo que me pongo, pero no puedo evitar darme cuenta de lo sosos que son mis pantalones y mi camisa. Hasta la trenza con reflejos dorados que me cae por la espalda palidece ante los elaborados peinados y chongos de las mujeres kenta.

Kai me sigue la mirada y me da un pequeño empujón con el hombro.

—Eres un miembro de la guardia alaha, vestirte elegante no es muy útil para pelear.

—A menos que quieras verte ridícula —añade Messer, dando una opinión que nadie le ha pedido. Qué canalla entrometido.

Me parece que luchar con un vestido sería menos ridículo que los soldados con esas cubetas de metal gigantes sobre la cabeza con este calor sofocante.

Continuamos avanzando por el paseo, mirando a un lado y a otro, buscando una ruta para adentrarnos en tierra. Con los imponentes acantilados de fondo, los soldados apostados en el perímetro son una frívola muestra de fuerza. La piedra es suave y no tiene marcas. No hay ni un asidero o grieta que se pueda usar como apoyo para escalar las murallas.

—De alguna forma tienen que traer aquí las cosas...

Kai no responde al comentario de Messer. No es necesario. Todos estamos llegando a la misma conclusión desmoralizadora: puede que no encontremos la manera.

Nunca.

Seguimos por el Mercado hasta que vemos una multitud alrededor de una pista de baile improvisada en el centro del puerto, y nos abrimos paso hasta llegar a la parte frontal del círculo. Hay una banda en un pequeño escenario, con violines, armónicas y tambores tensados. Las faldas de los vestidos de las mujeres flotan a su alrededor mientras bailan.

Mirarlas es hipnotizante. Los bailarines entran y salen de la formación, enlazando las manos con su siguiente pareja antes incluso de verla. Las risas y sonrisas les iluminan el rostro y todos irradian felicidad a medida que la velocidad de la música va creciendo. Más y más deprisa hasta que seguirla es un desafío, y solo entonces veo algunos fallos. Un paso fuera de tiempo, manos que se desentrelazan, un tropiezo.

Entonces la música se detiene de forma abrupta, y los bailarines con ella. La multitud se deshace en ovaciones, y nosotros no nos quedamos atrás, aplaudiendo mientras los bailarines ríen y se sonríen entre ellos, haciéndose reverencias unos a otros antes de separarse. Una de las mujeres pasa por mi lado, y yo extendo la mano para pasar los dedos por el material de su falda. Es apenas un roce, pero lo siento como agua cayéndome entre la punta de los dedos.

El violín solista empieza una melodía más suave, y unas pocas parejas de las restantes se quedan en la pista de baile, meciéndose con sus compañeros.

Kai me toma la mano.

—Baila conmigo.

Alzo las cejas, sorprendida.

—¿Aquí?

Sería una flagrante ruptura de la Regla de los Límites, una lista de normas que toda persona de Alaha acepta cuando llega a la mayoría de edad. No habrá contacto íntimo de ningún tipo hasta la Ceremonia de Unión.

La ceremonia se llama así por el legendario vínculo de unión, que se realiza el mismo año en que cumplen dieciocho.

La mayoría de las veces, la ceremonia es un matrimonio estratégico, una negociación entre familias más que una unión por amor. En origen, se instauró para controlar la descendencia entre familias relacionadas por lazos sanguíneos muy cercanos, pero ahora solo se usa para frenar la superpoblación. La gente es más proclive a tener bebés en un entorno aislado cuando se le obliga a casarse a una edad temprana.

Kai me mira.

—¿Quién nos va a delatar? ¿Mis propios guardias?

Miro alrededor y veo a muchos de los nuestros observando a la banda desde la multitud. Miro a Messer y le paso mi bebida. Como de costumbre, dejo que Kai me guíe y lo sigo hasta la pista de baile. Las otras parejas nos sonríen educadamente mientras nos situamos entre ellas en la pista pulida por las pisadas de tantos pies a lo largo de los años.

—Eh —me dice Kai alzándome la barbilla con un dedo—. Solo tú y yo.

Su mirada es firme mientras me va llevando con un ritmo estable. Nuestros movimientos son menos gráciles sin las telas ondulantes, pero cierro los ojos y obligo a mi cuerpo a moverse con el de Kai, deseando que mi mente se calme. Me centro en el toque de su mano en mi cadera y el olor familiar que todavía desprende su piel y... cielos, qué altas son las murallas.

—Brynn, mírame —pide Kai.

Eso hago, abriendo los ojos de golpe.

—Siempre voy a protegerte.

Cree que tengo miedo de que me amonesten, como debería ser, teniendo en cuenta las consecuencias de romper una de las normas de los alaha, pero no le temo al trabajo duro o a la celda de castigo.

—No sería la primera vez que nos mandan a una celda —le digo, con aire de indiferencia—. Ni la segunda.

He debido fingir muy mal porque Kai no sonríe ante la sutil mención de la última vez que nos castigaron a pasar una noche en las celdas. Habíamos robado ropa interior de los tendederos y la habíamos atado al mástil de la bandera de Alaha en el centro del Nivel Principal. La broma no valió la pena en absoluto.

Lo que no me espero son las palabras que dice a continuación.

—Le he pedido permiso a mis padres para elegirte en la Ceremonia de Unión.

El corazón se me para.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunto, con la voz temblando.

—Vamos, Bry —contesta, clavándome la mirada—. No me digas que no te lo esperabas.

Yo niego con la cabeza.

Nunca me he permitido entretenerme con la idea de casarme y mucho menos de hacerlo por amor. Me he enseñado a mí misma a alejar esos pensamientos, a encerrarlos en algún lugar tan profundo que ni yo misma estoy segura de dónde están.

Kai tiene dónde elegir entre chicas y familias que compiten por su mano. Yo no tengo familia. Ni dote. Ningún incentivo para el matrimonio. Estoy al final de la lista.

¿Por qué iba a elegirme?

—El futuro líder de los alaha no va a elegir a una olvidada como esposa.

Aprieta los dientes pero no pierde el ritmo.

—Sabes que odio que hables así de ti.

—Es lo que soy, Kai.

—No.

Su forma de agarrarme se vuelve más fuerte, pero no aprieta. Lo examino, buscando alguna pista de lo que esconde bajo la manga, pero no veo más que la expectación que refleja su mirada.

—Eres lista y trabajadora, y condenadamente guapa —dice, enfatizando cada palabra para asegurarse de que yo le crea—. He oído a mis hombres susurrar tu nombre a mis espaldas, porque nunca se atreverían a decirme a la cara que están interesados en cortejarte.

Sus palabras me crean una presión en el pecho, mientras sigo mirándolo a los ojos. Kai ha sido mi mejor amigo desde que tengo memoria. Ha tenido que defenderme ante los demás durante su vida, probablemente más de lo que le gustaría admitir, pero nunca ha mostrado el menor atisbo de interés en casarse conmigo. No de esta manera.

Sacudo la cabeza, confundida.

—¿Lo dices de verdad?

Su expresión es completamente seria cuando me mira.

—¿Quieres que sea verdad?

Nuestros movimientos se detienen. Me he pasado la vida entera esperando este día, esperando la oportunidad de venir al Mercado anual, a tierra, ¿y me suelta esto ahora?

Aprieto los dientes, y lo alejo poniéndole las manos en el pecho. Como no se mueve, lo hago de nuevo, con más fuerza. Tropezaba con la pareja que está detrás de él, pero no deja de mirarme mientras yo doy un paso atrás.

Entrecierra los ojos.

—Brynn...

Levanto la mano para detenerlo. Vuelve a abrir la boca, pero no oigo lo que dice porque me volteo y me apresuro a escabullirme entre la multitud en mi ansia por escapar, por dejar de sentir el peso de todas las miradas sobre mí.



Capítulo 2

Me he metido en el fondo del Mercado.

Las murallas de piedra se elevan acercándose entre sí a ambos lados del puerto, tapando la luz del sol casi por completo y sumiendo los puestos en sombra. En esta zona el aire es diferente, denso y terroso. Me recuerda al olor previo a la lluvia. Es mi favorito.

Aquí los vendedores están amontonados. No hay tanta gente, y hay más lugareños que gente de Alaha. Hay velas, miel y cerámica digna de la realeza, dorada y repujada. Sería una auténtica blasfemia poner el guiso de pescado que hemos comido cerca de estos platos.

El mercader que está en el puesto no se acerca. Es evidente que no soy su tipo de clientela, pero me sonríe mientras admiro los platillos pintados a mano. Ciervos, conejos y zorros, animales que puedes ver en tierra.

Hacen que me avergüence de mis dibujos a carboncillo.

Una mujer con un vestido que le llega hasta la rodilla se acerca al puesto y yo me muevo. Es entonces cuando lo veo. De nuevo.

La primera vez estaba a poco menos de medio kilómetro. Nuestras miradas se cruzaron un instante cuando pasé, pero

me dio tiempo a fijarme en varias cosas: el aplomo de su postura en pie con los brazos cruzados, cómo se le nubló la sonrisa cuando me vio, y cómo cesó la conversación que estaba teniendo con su compañero, otro soldado kenta.

Pelo negro, ojos negros, un aro dorado en un lado de la nariz. Unos labios que me hacen saber de manera instintiva que está acostumbrado a hablar con rudeza, o quizá es su actitud general la que me dice eso, pero hay algo inherentemente descarado en su belleza.

Estoy segura de que ha estado siguiéndome desde entonces. Mantengo el paso, no quiero mostrar que sé que me está siguiendo, pero cruzo el puerto para poner distancia entre nosotros. Lo bastante lejos como para crear un espacio, pero no tanto como para que resulte sospechoso, y cambio el rumbo de vuelta a los barcos.

«¿Qué vas a hacer ahora?».

Evidentemente, él cruza también, y se mantiene a pocos pasos detrás de mí. Una correa con dagas le adorna el pecho, el cuero está bordado con el emblema de Kenta, establece su riqueza y alto rango. Hago un rápido inventario de lo que me rodea y no veo ni un solo alaha. Solo hay kentas en todas partes.

Miro hacia atrás.

Esta vez ni se molesta en esconder su interés, los negros ojos fijos en mí mientras se abre paso entre la multitud, más alto que los demás.

Quizá me vigila porque estoy sola. Las palabras de Gramble instándonos a permanecer en grupo me vienen a la cabeza, pero mi instinto me dice algo diferente. Me dice que me quieren dar caza. Camino más deprisa, pasando la siguiente fila de vendedores antes de atreverme a mirar atrás de nuevo. Esta vez no alejo la vista, dejándole claro que lo he visto y no tengo miedo. Tiene el valor de sonreírme. Es inquietan-

te, su sonrisa es tan malvada como hermosa. Quizá le resulte divertido intimidar a chicas alaha.

Me detengo ante una vendedora cualquiera, con la esperanza de que si lo ignoro, pierda el interés.

—¿Estás buscando algún color en particular? —pregunta la señora que está tras el mostrador.

Ni siquiera miro lo que vende antes de negar con la cabeza y seguir avanzando. Finjo examinar los puestos, saltándome algunos en un esfuerzo por acercarme a la parte delantera del paseo.

La tensión que me agarrota los músculos se disipa en cuanto veo a dos guardias alaha a una distancia a la que podrían oírme si grito. Veo el cabello brillante de Messer entre la multitud y luego a Kai, mientras se abren paso entre la gente, mirando a un lado y a otro mientras me buscan. Aurora los sigue, mientras bebe de una taza, sin mostrar la más mínima preocupación.

Una vez más, miro hacia atrás y suspiro aliviada cuando ya no veo al soldado. Saludo con la mano a Messer, que le da un toque a Kai en el hombro y me señala. Mientras espero a que se acerquen para no perdernos entre la multitud, veo que el puesto que está a mi lado vende gemas. La luz se refracta en las caras de aquellas que cuelgan y lanza multitud de arcoíris sobre el puerto y las murallas de piedra tras él. Me acerco y acaricio la pequeña gema que parece cristal de mar.

—Bonita, ¿eh? —dice el vendedor, con una sonrisa franca tras la barba.

Recuerdo las cuatro monedas de cobre que aún tengo en el bolsillo.

—¿Cuánto es?

—Son piedras muy valiosas —dice, agarrando una de las más pequeñas—. Son difíciles de sacar del fondo de las minas. Una moneda de oro por esta.

Los sueños de colgar una de la ventana de mi habitación se desvanecen.

—Son bellísimas —digo, desencantada.

Él asiente, comprensivo. Antes de que pueda alejarme, una mano se cierra sobre la mía. Se me corta la respiración cuando el soldado se cierne sobre mí, con los ojos negros llenos de enojo, y me retiene en el lugar.

—Ladrona —dice, y el eco de su voz resuena en las paredes del cañón.

Yo niego con la cabeza, mitad intentando defenderme, mitad mostrando incredulidad. Intento zafar la mano de donde él la tiene retenida en la mesa, pero me retiene con fuerza.

—No he agarrado nada.

—¿En serio? —Me sube la manga de la túnica y hace girar mi mano, dejando a la vista la piedra de cristal verde que aparece en la palma—. Y entonces, ¿qué es esto?

Emito un jadeo.

—La has puesto tú ahí.

Sus ojos negros taladran los míos.

—¿Me estás llamando mentiroso?

—Sí —respondo, negándome a desviar la vista de su mirada dominante.

Su mano me aprieta con más fuerza la muñeca.

—He oído que los alaha le arrancan miembros a los que rompen alguna de sus preciosas normas. ¿Cómo es? ¿Un dedo o una mano, al ladrón?

Hablo con los dientes apretados.

—No he agarrado nada.

Me mira a los ojos durante un momento. Lo que busca no podría decirlo, ya que ambos sabemos que ha montado él todo este número.

Los vendedores y dependientes cercanos se paran a ver el espectáculo.

Desvía la vista, mientras carraspea y se dirige a alguien que está detrás de mí.

—Que sea una mano.

Otro soldado me aleja del mostrador.

—¡Esto es absurdo! —Lucho por deshacerme del fuerte brazo que me agarra por la cintura, pero el soldado me levanta y soy incapaz de usar el suelo como apoyo—. ¡No soy una ladrona!

Mi acusador nos dirige al otro lado del puesto y detrás de la fila de vendedores. El soldado que me lleva me coloca frente a la muralla de piedra, que es como un gigante dormido ante nosotros. El calor irradia de su superficie, a menos de medio metro de distancia. Es lo más cerca que he estado de tocar tierra.

Los ojos oscuros del soldado que me ha acusado parecen taladrarme desde un lado.

—Pon la mano en la pared —me ordena.

No me muevo, ni siquiera pestañeo, mientras paso revista a mis opciones. Diez años de entrenamiento deberían ponerse en juego en cualquier momento, pero es difícil pensar con todo el mundo mirando a mi espalda. El bullicio del Mercado se ha reducido a un leve zumbido detrás de mí.

Todo se detiene mientras respiro profundamente para calmarme, luego doy un pisotón con toda mi fuerza al soldado que me agarra, liberando el brazo al mismo tiempo. Esto debilita lo suficiente su agarre como para soltarme, pero el impulso me desequilibra y caigo en los brazos del soldado de ojos oscuros.

Él me gira en el sitio con rapidez y me rodea el cuello con el antebrazo poniéndome un cuchillo al cuello. Si no estuviera sintiendo el filo en la piel, estaría más impresionada por su velocidad y destreza, pero el pánico contrarresta cualquier pensamiento racional, salvo el de encontrar una manera de salir de este lío.

Busco a Kai con la mirada entre las caras de la multitud, pero no lo encuentro. Solo hay extraños mirándome.

Da su orden en mi oído para que solo lo oiga yo, y me provoca un escalofrío por la espalda.

—Pon la mano contra la piedra. —No está simplemente tratando de asustarme como había pensado.

Niego con la cabeza, a pesar de sentir el filo del cuchillo.

—¿Por qué estás haciendo esto?

Pero ya no quiere seguir escuchando mis quejas. Usa la mano libre para agarrar la mía y coloca mi palma temblorosa contra la piedra templada, cubriendo mi mano con la suya.

Un dolor diferente a cualquiera que haya sentido antes se extiende por mi cuerpo. El calor me invade el brazo y el pecho, me baja por el cuerpo y se extiende por las piernas. Es como una corriente viva, parecida a la que producen las anguilas eléctricas que hay en los arrecifes cerca de Alaha, pero multiplicado por mil.

Grito.

Luego, en un abrir y cerrar de ojos, se acaba.

Abro los ojos de golpe y dejo escapar el aire que retenía, con un grito que muere en el fondo de la garganta. Estoy de rodillas, la madera del puerto me corta las tibias. Mis sentidos vuelven a activarse. El murmullo de las voces sorprendidas empieza a filtrarse a través de mi aturdimiento. Me llevo las manos a la cara y me siento aliviada al ver que aún están unidas al cuerpo.

Pero el dolor...

Miro arriba, más arriba, mucho más arriba, hasta dar con la cara del soldado. Parece tan sorprendido como yo, con los ojos muy abiertos, mientras me contempla, con el aliento congelado en el pecho.

La voz de Kai se eleva sobre las demás.

—¡Suéltala!

Pero el soldado no deja de mirarme, con algo a medias entre el asombro y el miedo.

—He dicho —exige Kai, con esa voz que raramente usa y que silencia a la multitud— que la sueltes.

El soldado se gira despacio, con la cabeza volteándose hacia Kai cuando aún no ha apartado la vista de mí, y el rostro cambiando del estupor a la frialdad cuando lo mira.

—Eso no funciona conmigo —le dice con voz baja e im-pasible—, aquí no tienes poder.

Lucho por ponerme en pie, pero las piernas me flaquean cuando trato de enderezarme. Aunque no puedo mirar hacia atrás para ver la expresión de Kai, la mirada impertérrita del soldado me dice que esto no va a acabar sin daños colaterales. Hace girar el cuchillo en la mano, como un recordatorio de que Kai y yo estamos indefensos ante él y sus hombres.

—Suéltala —repite Kai, más conciliador que antes.

El soldado enarca una ceja.

—No es tuya.

Hay un momento de calma antes de que un estallido se produzca a nuestra izquierda. Messer salta sobre un puesto, ahora volcado, y los tarros de cristal de gelatinas y mermeladas se estrellan por el muelle. Se crea un caos cuando derriba a mi segundo captor por la espalda.

Usando la distracción en mi propio beneficio, alcanzo el cuchillo que está enfundado en el muslo del soldado y le hago una herida limpia en el talón. Aúlla de dolor y su rodilla golpea el muelle a mi lado. Intenta agarrarme, pero trazo un amplio arco con el cuchillo, obligándolo a esquivar un ataque que le pasa a escasos centímetros del rostro. Eso me da el tiempo suficiente para ponerme en pie, con cuidado de evitar la superficie de la muralla de piedra, mientras me tambaleo para recuperar el equilibrio.

Levanta la mirada hacia mí.

—No —dice, y un aire de desesperación envuelve la palabra.

Hay algo en la forma angustiada en la que me sostiene la mirada mientras lucha por ponerse en pie sobre una sola pierna que me retiene por un momento, pero no lo suficiente como para detenerme realmente.

Nota mi intención de echar a correr y grita a sus compañeros soldados.

—¡No la dejen salir del muelle!

Me tambaleo hasta llegar a Messer, que forcejea con el otro soldado. Al ver que me acerco, se impone al otro hombre y le da un puñetazo en la cara, derribándolo. Se apresura hacia mí, y me agarra por la cintura para ayudarme a mantenerme en pie.

Kai nos ve y empieza a abrirse camino entre la gente. Alaha se ha unido al conflicto, y empieza una batalla por llevar a nuestra gente de vuelta a los botes.

—¿Estás bien? —pregunta Kai, sosteniéndome por el otro lado.

No pierdo energía contestando, mientras me concentro en cada paso a medida que voy recuperando mis facultades. Nos apresuramos a llegar al borde del muelle, hacia las banderas alaha que ondean sobre nosotros. Los kenta se alejan a nuestro paso en una retirada masiva.

—¿Qué demonios ha pasado? —grita Gramble mientras corre hacia nosotros, observando a la turba enfurecida de soldados kenta que nos pisan los talones.

No aguarda a oír las explicaciones y toma el mando para dirigir a los cadetes al puente más cercano. Los guardias alaha se posicionan a lo largo del muelle, una última línea de defensa mientras nuestra gente se apresura hacia la seguridad de los botes.

Kai se detiene en la improvisada barricada.

—¿Dónde está Aurora?

Messer casi tropieza debido a la abrupta parada, su pecho sube y baja mientras la busca.

—Pensé que iba detrás.

Una explosión sacude el muelle y tira a todo el mundo al suelo. El silencio resuena durante un largo momento, antes de que sea capaz de situarme. Están lloviendo escombros y trozos de madera, y me cubro la cabeza hasta que, poco a poco, se detiene. Messer me ayuda a levantarme, y me quita el pelo de la cara mientras Kai me sostiene de los brazos.

—Estoy bien —les digo, con una voz que oigo amortiguada—. ¿Y ustedes?

No hay tiempo para cerciorarnos, Gramble sigue gritándonos para que embarquemos. Los soldados kenta que están detrás de nosotros empiezan a levantarse del suelo. La mitad de ellos se sacude de encima el estupor mientras observan la columna de humo que se alza hacia el cielo desde lo más profundo del Mercado. La otra mitad avanza de nuevo hacia nosotros, llena de afán vengativo.

Messer me empuja hacia el barco.

—Voy a buscar a Aurora.

Se detiene en seco cuando la ve aparecer entre el caos, caminando con calma y despreocupación mientras se dirige hacia nosotros, sosteniendo la misma taza que llevaba antes.

—Pensé que nos vendría bien una ventaja —dice, guiñando el ojo a un asombrado Messer cuando pasa a su lado.

Todo el mundo se gira para mirar mientras ella camina hacia el puente.

Kai sacude la cabeza y me apremia a seguir hacia delante.

—Tenemos que irnos.

La tripulación trabaja a un ritmo endiablado para levantar el puente y alejarnos del muelle, y lo consiguen justo a

tiempo de ver el Mercado colapsar sobre sí mismo. El agua del mar engulle de un solo golpe toda una parte del paseo, con gente incluida.

Me apresuro hacia el mástil y uso las últimas fuerzas que me quedan para escalar. Kai grita mi nombre, pero yo no me detengo, buscando una visión mejor del desastre. Nada podría haberme preparado para tal magnitud de destrucción. Aurora consiguió hacer un agujero del tamaño de dos barcos justo en la mitad del Mercado. Cientos y cientos de personas luchan por mantenerse a flote, agarrándose a lo que encuentran o a los demás.

Un siglo de comercio y paz... destruidos. No hay vuelta atrás. La venganza será inevitable.

Me doy cuenta de que tengo los puños apretados y miro hacia abajo para descubrir que mis manos temblorosas agarran con fuerza el cuchillo del soldado.